

LOS DÍAS DE LA NIEVE

JOSEFINA.-

Muchas veces, sin saber por qué,
me vuelven esos versos.
Creo que se me han quedado adentro
y me buscan
y no sé nunca si es para ponerme triste
o lo contrario
o todo es lo mismo,
no sé,
la risa y el llanto.
Me perdona, ¿verdad?
¿Le ha pasado alguna vez eso?
¿Que no sabe si está riendo o está llorando?
Yo enterré a mi hijo Manolillo.
Y durante días me quedé sin nombre.
Yo no era Josefina.
¿Qué era yo?
¿Qué palabra hay para eso?
¿Qué palabra hay para una madre que entierra a un hijo?
Ninguna sirve.
Para poder decir algo
digo que fue entonces cuando me quedé huérfana.
Que aunque ya había enterrado a mi madre y a mi padre
me quedé huérfana cuando enterré a mi hijo.
Todo quedó pulverizado.
Pero seguí viviendo.
No sé cómo. Qué me sostuvo.
Cómo no me volví loca.
Cómo no me quedé para siempre muda.
Con la boca cerrada.
Y los ojos cerrados.
Y las manos cerradas.
Hoy creo que si seguí viva
fue para que mi hijo siguiera creciendo en mí.
Que con mi vida prolongaba su vida.
Al menos en mi recuerdo.
Para que no se lo tragara el olvido.
Tan pequeño era.
Y por eso le hablo de él.
Con una sonrisa.
Porque los años no se lo han tragado.
Aquí estoy yo para recordarlo.
Todavía huérfana.
Pero sonrío cuando digo su nombre.
También cuando digo el nombre de Miguel.
Yo sigo aquí para decir sus nombres

aunque a veces sólo me oigan los dedales
y la piedra de afilar la tijera
y los acericos.

*Las personas o grupos interesados/as en acceder a los textos completos de Alberto Conejero deberán solicitarlos en informacion@cce.org.uy y/o asesoria.academica@emad.edu.uy